

Patricio Pron

*Dos huérfanos*

*Das wertet dir die unsehbare Beute*

*Das wertet dir solches Wild und solche Jagd.*

FRANZ VON KOBELL, *Jagd- und Weinlieder* (1889)

No añoraba los bosques oscuros habitados por jabalíes que conociera en su juventud, en las excursiones dominicales a las afueras en las que el mayor placer y el mayor atrevimiento consistía en rozar las rodillas de una compañera de clases con la excusa de que el automóvil era muy pequeño, sino un paisaje desolado que, puesto que su país se había limitado a olvidarlo todo, con un culpable encogimiento de hombros que siempre fue para él como una escupida en el rostro, suyo y de su padre y de todos sus muertos durante los bombardeos, le pertenecía solamente a él, enriquecía una geografía personal que en nada se correspondía con los mapas que podían verse en Alemania, puesto que, para él, el país que se llamaba Alemania había terminado, había desaparecido de la faz de la tierra como un paraguas que en un día de tormenta es arrebatado de las manos y da un giro o dos en el aire y luego se pierde en la densa, sólida, pared de agua que, sin interrupciones, une momentáneamente el cielo con la tierra, el día en que terminó la guerra, o, mejor aún, el día que subieron los nazis al poder y aquello que había sido Alemania para su padre y para el padre de su padre, la idea que justificaba la existencia de un país entre las amplias fronteras que recorrían la llanura rusa y que cortaban los valles franceses, se convirtió en otra cosa, en un país en que sólo la estupidez y el odio

prosperaban. Ese paisaje personal era, aunque profundamente desolador, modesto si se lo comparaba con el de otros que había conocido que habían sobrevivido a la guerra desangrándose los pies en las líneas del frente oriental, hurgando en los bolsillos de los muertos en la frontera francesa; era, en cierta forma, una tontería de la que no valía la pena hablar pero, sin embargo, constituía el escenario del único acontecimiento de la guerra que le importaba realmente, tantos años después y tan lejos. Era, como la memoria de los viejos, me dijo, un capricho, pero un capricho que lo justificaba todo.

El paisaje único de esa geografía personal era el de una calle de Dresden. En el medio de un bombardeo, durante las interminables horas de explosiones y llanto y gritos, horas por completo olvidadas luego por los alemanes, como si los escombros con los que reconstruyeron sus casas, como si el tabaco con que armaban sus cigarrillos, pertenecieran a un pasado remoto, previo a su llegada a esa tierra que pretendían enmendar, se asomó a la ventana del sótano en que se encontraba sólo para ver esto, que un perro aullaba en el medio de la calle y que un soldado se acercó hasta estar casi a su lado y luego, como si se trataran de dos escenas diferentes, de dos escenas que habían sido superpuestas por un montajista descuidado, le vació el cargador de su pistola. Y sin embargo el perro no murió, continuó gimiendo, temblando, echado sobre el propio charco que conformaba su sangre, solitario en el medio de la calle sobre la que caían los escombros de los edificios sin tocarlo y él, que aunque era un niño deseaba acabar con el sufrimiento del animal, quiso acercársele pero se lo impidió un vecino, que lo tomó de la cintura para que no saliera a la calle, a convertirse en otra víctima de esa guerra insensata, por lo que tuvo que

quedarse mirándolo, asistir a toda la agonía del animal, que ya no gemía pero temblaba, con los ojos desorbitados bailándole en las cuencas blancas, hasta que el bombardeo terminó y el perro dejó de moverse.

Mucho tiempo después se preguntó, como tantos, por qué Dresden; intentó explicarse sin resultado por qué había sido su ciudad la más bombardeada, una ciudad comercial sin importancia de la que los nazis se habían marchado hacía meses o, aunque éste era un pensamiento que sólo pocas veces se atrevía a expresar para sí, en la que todos eran nazis, por lo que no correspondía un bombardeo sino el exterminio de los habitantes de la ciudad, uno tras otro, sin permitirle al azar salvar a alguno.

Puesto que lo que se llama vocación es a menudo la resignación a un mandato familiar, le gustaba decir, me dijo bajo el sol brutal, casi como un desafío a las circunstancias, que no había tenido vocación, sino la férrea decisión de dejar Dresden para estudiar veterinaria en München. En München, porque representaba todo lo que Alemania había sido para su padre y el padre de su padre, lo que ya no podría ser jamás, aunque esa convicción no la tenía en los años despreocupados del estudio, cuando las excursiones a las afueras para ver los jabalíes, el roce de las rodillas de la compañera de clases en el automóvil, eran un paliativo suficiente de lo que parecía haber quedado atrás, de los años de la guerra.

Aunque la historia podía contarse de otra manera, podía contarse completa por ejemplo, prefería la concisión; había trabajado durante años en el zoológico de München, realizando las estúpidas tareas burocráticas que se le asignaban con una resignación semejante a aquella con la que aceptaba todo lo que sucedía a su alrededor: la sucesión de gobiernos, los problemas del

otro lado del Muro, las alianzas políticas en ese país que ya no era el suyo ni el de su padre ni el del padre de su padre sino dos países diferentes o ninguno, hasta que alguien le habló de los campos de la Fundación en la Argentina y a él le pareció, aunque jamás lo diría, que ese lugar era tan bueno como cualquier otro para proteger esa geografía personal compuesta por una calle cualquiera de una ciudad alemana en ruinas.

No tomó demasiados recaudos; con indolencia, como si no le importara demasiado, asistió a algunas clases de español, se despidió de sus colegas y se marchó en un barco que partió en Hamburg del lugar que en su opinión ya no era Alemania sino el monótono paisaje de los despojos.

Por entonces los campos de la Fundación, perdidos al margen de un pueblo minúsculo, eran por completo salvajes. Primero construyó una casa en el pueblo, urdida de manera deliberada sin ningún elemento que la caracterizara como la casa de un alemán, en una maravilla de emulación que en nada se parecía a la soberbia con la que muchos extranjeros, y los alemanes en particular, se instalaban en los pueblos argentinos, más interesados en el cultivo de una memoria compuesta por recuerdos ficticios de un país idealizado, de un país que, por casualidad, acababa siempre pareciéndose demasiado a Bavaria, antes que en integrarse a la población nativa. Él, sin embargo, hizo esfuerzos durante meses para confundirse con ellos, para ser uno más de los pobladores que miraban confundidos las excentricidades de un alemán que tenía una enorme extensión de campo salvaje y no la sembraba, que se pasaba días completos poco más que mirando pájaros, anotándolo todo en cuadernos de espiral con un lápiz minúsculo que llevaba en el bolsillo izquierdo de su camisa azul de trabajo.

Primero tuvo ñandúes, una colonia de doce que en la primavera siguiente se convirtieron en catorce pero que un grupo de cazadores redujo a tres en una noche. Y, aunque se lo propusieron, no vendió el cuero ni las plumas de los ñandúes sino que los dejó donde habían caído, para que los pájaros de rapiña se los comieran.

Un año después supo que una pareja de pumas rondaba el campo. En largos días de calor los acechó, esperó que fueran a beber al estanque que se encontraba en el centro del campo de la Fundación para fotografíarlos, para calcular sus medidas a ojo. Y, aunque los pumas prosperaron en tanto nadie supo de ellos, pronto acabaron marchándose.

Un día llegó una carta de la Fundación diciéndole que daban por terminado el proyecto, que debía volver a Alemania. Durante un par de noches, noches de verano que a él le parecieron heladas, pensó en renunciar para quedarse en el pueblo, en una solución que le permitiera seguir rondando el campo para cuidar de los animales. En una noche redactó una carta formal en un alemán probablemente anticuado, un alemán que era sin dudas más propio del pasado que del presente, el idioma de un país que ya no existía, pero nunca la envió. En la Fundación, simplemente, se olvidaron de él. Y él, que se creyó por primera vez libre de todo vínculo con Alemania, se dedicó a beber para celebrar su victoria.

Me fue posible conocerlo personalmente cuando llevaba tres años de celebración casi ininterrumpida. Era tanta la cantidad de vino que bebía, que temí que no pudiera sacar nada en limpio de él. En el bar del pueblo, un rato antes de encontrarme con él, me dijeron que el alemán tenía tesoros enterrados en la casa, que el tesoro de los nazis estaba oculto en la casa, pero no dije nada. Para entonces, había rescatado un oso mie-

lero, que unos pobladores habían encontrado cuando tenía el tamaño de la palma de su mano, decía extendiendo su palma blanca sobre la mesa del bar, y que ahora era un ser poco más bajo que un hombre, un poco ridículo con su largo hocico que metía en todas partes y con el temperamento de un niño de tres años. Pretendía enviarlo a un zoológico de Alemania, de ese país que ya no existía y que para mí, y probablemente también para él, era poco más que un nombre, pero había problemas burocráticos, la clase de inconvenientes que hubiera solucionado si hubiese tenido el dinero suficiente para sobornar a todos los funcionarios que se le pusieran delante, como hacía todo el mundo en Argentina. Pero no tenía ese dinero o, si lo tenía, como me habían dicho en el bar, estaba escondido en algún lugar de la casa y no pensaba usarlo. Un día recibí una carta con la noticia de que finalmente, de alguna manera, se había solucionado el problema del oso miele-ro, que viajaba en avión rumbo a un zoológico donde podría reproducirse. Si esto era motivo de alegría, para él también lo era de pesar, puesto que había vuelto a quedarse solo. Fui a visitarlo un mes después pero el pesar había pasado: le habían dejado a su cuidado a un cervatillo. El cervatillo era probablemente el primero que se había visto en diez años en la región, su especie estaba casi terminada, él la había tachado con un gesto en el aire demasiado aparatoso pero muy gráfico, y se ocupaba de aquel cervatillo huérfano como si fuera un niño, lo alimentaba, lo abrigaba, cuidaba de él como lo que era, la gema última de una mina que hace mucho se ha agotado.

No supe más de él durante algún tiempo, pero volví a escuchar su nombre una tarde. Unos ladrones habían entrado una noche a su casa en busca de los tesoros de los nazis y le habían disparado cuatro tiros en el

estómago. Echado en su sangre, pudo ver todavía que el cervatillo lo miraba estupefacto, como si, de alguna manera, aquella escena que constituía la única, me había dicho, que le importaba recordar de Alemania se repitiera de manera invertida. Con un gesto brusco, el último gesto que tendría, apartó al cervatillo y éste se lanzó a correr hacia el campo. Un cervatillo es poco menos que un niño. Al darse la vuelta para mirarlo, para echar una ojeada a ese huérfano sin patria que lo salvaba no reparó en un rifle que le apuntaba, y luego hombre y animal, los dos huérfanos, dejaron de respirar al unísono.